

PROFUNDIZACION FONDO BAHÁ'Í #2

Volviéndose a Dios con humildad y anhelando gastar en Su sendero lo que Él les ha otorgado, los creyentes hacen contribuciones sacrificadas al Fondo, esperando que sean aceptables a Su vista. Una carta escrita en nombre de Shoghi Effendi explica:

«Es el espíritu, no el mero hecho de contribuir, lo que debiéramos tomar siempre en cuenta al insistir en la necesidad de un apoyo universal y entusiasta a los diversos fondos de la Causa».

La Casa Universal de Justicia escribe:

«Aportar a los Fondos constituye un servicio que todo creyente puede prestar, ya sea pobre o pudiente; pues se trata de una responsabilidad espiritual en la que la cantidad aportada no es importante. Es el grado de sacrificio del donante, el amor con el que hace efectiva su donación, y la unidad de todos los amigos en este servicio lo que atrae las confirmaciones espirituales».

Por supuesto, la frase «la cantidad aportada no es importante no debe malinterpretarse. No implica que una persona pudiente se pueda contentar con contribuir poco, la verdadera medida es el grado de sacrificio, y cada creyente debe juzgar en su propio corazón lo que implica dar con sacrificio. La siguiente afirmación de la Casa de Justicia nos ofrece percepciones adicionales con respecto a este tema:

«Aportar al Fondo bahá'í constituye un acto de disciplina espiritual que es un elemento intrínseco a la vida devocional del individuo. Ningún creyente debe estar desinformado del privilegio de contribuir al avance de la Causa de Dios, independientemente de sus circunstancias materiales. La práctica de dar al Fondo fortalece la conexión entre el creyente y la Causa, y realza su sentido de identificación con ella. Las confirmaciones divinas recaen sobre quienes ofrecen una porción de sus recursos materiales en espíritu de sacrificio, motivados por su amor a la Fe y su deseo de ayudar a su progreso.»

Y la Casa Universal de Justicia aclara:

Hay un aspecto profundo en la relación entre el creyente y el Fondo que posee validez con independencia de su (de él o de ella) situación económica. Cuando el alma humana acepta a Bahá'u'lláh como la Manifestación de Dios para esta edad y acepta la Alianza divina, esa alma deberá disponer progresivamente su vida entera en armonía con el propósito divino, convirtiéndose en colaboradora de la Causa de Dios y recibiendo la dádiva de que se le permita dedicar sus posesiones materiales, no importa cuán escasas, a las labores de la Fe.

Desde luego, aportar al Fondo, constituye un privilegio espiritual que no está abierto a las personas que no hayan aceptado a Bahá'u'lláh, y del cual ningún creyente debería privarse. Es tanto una responsabilidad como una fuente de mercedes».

HISTORIA

Las hermosas Casas de Adoración que los bahá'ís han erigido alrededor del mundo reúnen a seguidores de diferentes religiones para orar en unidad y rendir homenaje al Único Creador de toda la humanidad. En la atmósfera serena y tranquila de estos Templos se leen selecciones de las Sagradas Escrituras del mundo y el oyente se familiariza con la guía que Dios ha enviado a través de los siglos. El residuo de prejuicio contra aquellos de otras creencias desaparece de los corazones de los sinceros, y un vínculo de comprensión los une al resto de la raza humana.

Muchos de los que han sentido las bendiciones que emanan de las Casas de Adoración, todavía son inconscientes del amor y el sacrificio con que los bahá'ís han levantado estos preciosos edificios para ofrecerlos como un regalo a sus semejantes. La siguiente historia es una entre cientos de ejemplos de su sacrificio:

Cuando se estaba construyendo una Casa de Adoración, o Mashriqu'l-Adhkár, en Wilmette, en los Estados Unidos, no había tantos bahá'ís en América, y aunque el resto de los bahá'ís del mundo ayudaban con donativos, siempre había escasez de fondos. Una vez, en un periodo bastante crítico, cuando el trabajo en el Templo estaba a punto de estancarse debido la falta de dinero, la Asamblea Espiritual Nacional americana hizo un llamamiento a su comunidad para que contribuyera sacrificadamente. La respuesta de los amigos fue tal que la crisis se superó y continuó la construcción del Templo.

Entre quienes dieron todo lo que tenían había una anciana señora, un alma pura con un generoso corazón, pero desprovista de posesiones terrenales. Había estado ahorrando durante algún tiempo y había conseguido apartar una suma de dinero para su propio entierro. Cuando se hizo el llamamiento de donativos para el fondo del Templo, ella, comprendiendo la urgencia de la situación, decidió dar la mitad del dinero que había ahorrado para la Casa de Adoración. Después de un tiempo, cuando todavía faltaban fondos para la terminación del Templo, dio la otra mitad, diciendo que podía ser enterrada en un cementerio gratuito reservado para los indigentes, y que no necesitaba una lápida que señalara su tumba. Éste no es el fin de la historia. Cuando el Guardián de la Causa elevó la petición de pioneros y pidió a los creyentes que llevaran el mensaje curativo de Bahá'u'lláh a las personas que no habían oído de la Fe Bahá'í, esta querida señora, que entonces tenía casi noventa años, lisiada en una silla de ruedas, se fue de pionera a Libia con una pareja joven que iba a establecerse en Trípoli. Dijo que quería enterrar sus huesos allí en nombre de la Causa de Dios.

Murió en Libia poco después de su llegada, habiéndose ganado la admiración de todo el mundo bahá'í por su heroica hazaña. Un amoroso grupo de bahá'ís de diferentes nacionalidades le dieron un entierro digno y dijeron oraciones ante su tumba. El Guardián de la Causa la nombró mártir e hizo que construyeran un hermoso monumento sobre su tumba. Dijo que las personas que oyeran su historia en el futuro, personas que nunca supieron que ella existió, derramarían sus recursos y se levantarían como pioneras. Su nombre fue **Ella Bailey**.